

Religión y Nuevas Tecnologías: Tecnología con alma: aportes y límites desde lo religioso

Religion and New Technologies: Technology with soul: contributions and limitations from a religious perspective

Alejandro Cerda Sanhueza

acerda@ucn.cl

Universidad Católica del Norte

ORCID ID 0000-0003-2009-1846

Resumen: El presente trabajo, pretende hacer una reflexión y propuestas a partir de la relación de las nuevas tecnologías, en especial las de comunicación, con la experiencia religiosa, tanto para vislumbrar algunos impactos y mutuas contribuciones, especialmente el aporte de la religión a la denominada cibercultura, que se constituye un espacio importante, donde se vive hoy en día lo religioso, y la existencia toda.

Los cambios culturales que se viven en el presente propiciados fundamentalmente dado por las nuevas tecnologías tienen impacto en toda la vida social y privada de las personas, como también de los diversos actores e instituciones que componen la sociedad. Esta nueva cultura tecnológica, se constituye en una oportunidad, un testimonio y un desafío para todos, en este caso particular para la religión, entendida esta como la entidad que relaciona lo humano con lo sagrado.

El trabajo, pretende enriquecer las miradas interdisciplinarias sobre el aporte y el impacto de la Inteligencia Artificial, y las nuevas tecnologías a los distintos ámbitos de la vida que se compone de diferentes dimensiones y perspectivas.

Palabras clave: Nuevas tecnologías; religión; antropología religiosa; cibercultura.

Abstract: This paper offers a reflective analysis and a set of proposals concerning the intersection between emerging technologies—particularly communication technologies—and religious experience. It explores the mutual influences and contributions between these domains, with special emphasis on how religion shapes and is shaped by the evolving landscape of cyberculture. Cyberculture has become a vital space where contemporary religious life unfolds, alongside broader aspects of human existence.

The cultural transformations driven by technological innovation are profoundly impacting both public and private spheres, as well as the institutions and actors that constitute society. This new technological culture presents opportunities, challenges, and testimonies for all sectors—especially for religion, understood here as the entity that bridges the human and the sacred.

The study aims to enrich interdisciplinary perspectives on the role and impact of Artificial Intelligence and other emerging technologies across diverse dimensions of life, offering insights into their implications for spiritual, social, and cultural practices.

Keywords: New technologies; religion; religious anthropology; cyberculture.

Introducción

*Nosotros los de entonces
ya no somos los mismos*

Pablo Neruda

Es evidente que los tiempos han cambiado, los nacidos en la década de los sesenta o setenta han sido testigo de saltos culturales, políticos, ambientales

y, sobre todo tecnológicos sin precedentes: han pasado del teléfono de disco a la nanotecnología, de la máquina de escribir antiguas a los procesadores de última generación, han visto como lo virtual, desplazan lo territorial, el uso del tiempo y espacio se han visto transformados, la virtualidad posibilita una forma de presencia que es, a la vez, ausencia.

La presencialidad se manifiesta de diversas formas, los ciclos virales del conocimiento, asociados al desarrollo psicobiológico y social, así como los respectivos protagonistas del proceso enseñanza - aprendizaje también se ven modificados, las relaciones son más simétricas entre formandos y formadores, las preguntas y respuestas fundamentales, han cambiado, las objeciones se han diversificado de tal manera que la incertidumbre se contrapone a la gran cantidad de datos que deambulan por las redes.

Los jóvenes, no ven a los mayores como mentores del conocimiento, en cuanto ellos tienen más información que los adultos y aprenden en todos los espacios, no sólo en las aulas. Por su parte los educadores buscan también reinstalarse en los nuevos escenarios del conocimiento y el denominado dataísmo (Harari, 2016).

La humanidad toda ha evolucionado tan significativamente en un breve periodo, que no se logra aquilatar la vertiginosidad, profundidad y constancia de dichos cambios. Es así como los cazadores recolectores, prontamente se transformaron en agrícolas, los pueblos primitivos poco demoraron en establecer la propiedad privada y el surgimiento del Estado y estructuras legislativas para proteger los bienes y la producción, siendo quizás esta la primera gran revolución cultural (Graeber & Wengrow, 2022). La técnica ha estado presente y ha sido el agente fundamental en la transformación sociocultural, se ha pasado del descubrimiento del fuego y la invención de la rueda, a la cuarta y quinta revolución industrial.

El cambio cultural más significativo, es quizás el nuevo habitat que se ha construido a partir del desarrollo científico, tecnológico, hoy habitamos la denominada cibercultura, ese “*universo de redes numéricas*” donde conviven sistemas técnicos, agentes culturales, prácticas simbólicas e instituciones en una trama híbrida y dinámica, dominada por las nuevas tecnologías y la

Inteligencia Artificial. Los algoritmos se apropian de la totalidad de la vida humana, y predice los gustos e instalan tendencias políticas, sociales y religiosas. Donde predomina el uso de forma ubicua de las nuevas tecnologías, Levy la describe en su obra *Cibercultura*:

Hay que tener en cuenta que la cultura digital es bastante más compleja e híbrida que los entramados de sistemas tecnológicos electrónicos y digitales que la configuran. Además de dichos sistemas materiales y simbólicos, están integrados en la misma agentes y prácticas culturales, interacciones y comunicaciones, colectivos, instituciones y sistemas organizativos, una multiplicidad de contenidos y representaciones simbólicas junto con los correspondientes significados, interpretaciones, legitimaciones, valores, etc. (Levy, 2007, p. 9)

Lo anterior tiene consecuencias antropológicas que se expresan en categorías tales como: pos-humanismo o transhumanismos. La primera hace alusión a una disolución en la que lo humano pierde protagonismo y se convierte en un aspecto más de un universo que no tiene principio ni fin, la segunda categoría es la proyección de lo humano por medio de las nuevas tecnologías, que lo harían casi inmortal y con poderes capaces de hacer todo lo que naturalmente no podría hacer (Perez Francisco, 2023). Estas nuevas tecnologías van configurando una forma de relación, de ser y estar, distinta a periodos anteriores de la historia, donde categorías como tiempo y espacio, sagrado-profano, interior - exterior, real y virtual, entre otras, se deconstruyen (Antolinos Asensio, 2019).

Este es el escenario en que se tiene que pensar al ser humano de hoy, de su forma de concebirse y de relacionarse. Las nuevas tecnologías están lejos de ser simples herramientas de uso, predominando así una concepción instrumental de la tecnología, son el espacio vital en el que se nace, se desarrolla y se existe, por lo tanto, son un contexto vital (Floridi, 2019).

Hasta el momento el ser humano, aún es protagonista de su historia y del desarrollo evolutivo de la especie, pero sin tener certeza de sí podrá seguir siendo su conductor, en cuanto el presente y el futuro está en gran

medida en manos de las nuevas tecnologías, que cada vez se van haciendo más independientes de la intervención humana, en sus procesos de aprendizajes y de creación de nuevas aplicaciones. Eso es algo inédito del cual se tiene que tomar conciencia, y por lo tanto se piensa poco desde las distintas disciplinas del saber (Yuval Noah, 2024).

Los cambios que van ocurriendo en este período tienen incidencias en las distintas dimensiones del ser humano, entendemos a este, como un ser, cultural, corporal, esencialmente comunicacional, y multidimensional; materia-espíritu, individuo, comunidad etc. (Perez Francisco, 2023). Estas dimensiones se complementan y requieren ser atendidas y desarrolladas, y para aquello el espacio que se habita es fundamental, y este nuevo escenario es el que ha ido modificando a la humanidad toda.

Desde una perspectiva humanista, una de sus dimensiones es su capacidad y búsqueda de trascendencia, de reconocerse como un ser finito y carente (de sentido, de infinitud, de vida eterna y super poderes), como lo afirmó Jaspers:

El hombre no es simplemente lo que es, sino lo que puede llegar a ser. Su ser está marcado por la carencia, por la conciencia de la muerte, el sufrimiento, la lucha. En estas situaciones límite, se revela la necesidad de trascender, de buscar sentido más allá de lo dado. (Jaspers, 1932)

Esa búsqueda de trascendencia lo impulsa a seguir buscando, explorando nuevos horizontes y transgrediendo fronteras de todo tipo (Boff, 2002). Se podría afirmar que es este mismo impulso el que lo ha llevado a encontrar en la tecnología un aliado para su búsqueda de infinitud y de satisfacción de necesidades. Y paradójicamente esta misma aliada que es la tecnología, ha ido afectando o resignificando esta dimensión. Por lo que la pregunta sería ¿de qué forma esta dimensión de trascendencia se ve afectada por las nuevas tecnologías?, en particular, la Inteligencia Artificial Generativa (IAG), ¿qué puede aportar esta dimensión a esta cibercultura?

El presente ensayo pretende hacer un esbozo de tensiones y reciprocidades entre lo religioso y las nuevas tecnologías. Plantea también la interrogante abierta qué aportes puede ofrecer la dimensión religiosa a este nuevo escenario (Cerda Sanhueza, 2020).

El itinerario de aproximación es, indagar sobre el surgimiento y configuración de la cibercultura y su concepción humanista. En un segundo momento, se pretende presentar la religión como un pulso antropológico de la era digital. A modo de conclusión, se expondrán algunas tensiones y mutuas contribuciones.

En resumen, no sólo los de entonces no son los mismos, como afirma el poeta chileno Pablo Neruda, sino lo que es más gravitante, es que el lugar que habita ese hombre o mujer es radicalmente diferente y con ello cambia su forma de entenderse, relacionarse y proyectarse.

La cibercultura y sus desafíos antropológicos

El verdadero peligro no es que las computadoras comenzarán a pensar como los hombres, sino que los hombres comenzarán a pensar como las computadoras.

Sydney J. Harris

La cibercultura ha trascendido los centros de investigación y los departamentos de informática para convertirse en un tema central de conferencias, foros empresariales y debates políticos. Universidades, start-ups, Ministerios de Salud y organismos de seguridad dedican recursos crecientes a comprender sus impactos. Este fenómeno es una interrogante no sólo a los especialistas, sino también para filósofos, juristas, teólogos y analistas sociales que buscan descifrar cómo las nuevas tecnologías, en especial las redes digitales transforman nuestras instituciones y prácticas cotidianas.

Este fenómeno exige de un estudio y diálogo interdisciplinar y del reconocimiento que se está ante un relato en construcción. No está todo

dicho, falta aún mucho por comprender (McKinsey Global Institute, 2023). Esto implica definir nuevas categorías y marcos conceptuales, para lo que se requiere de nuevas estructuras narrativas renovadas y flexibles.

Ella es un sistema integrado y complejo que involucra la manera como se producen, circulan y se reproducen un conjunto de prácticas culturales, acciones e interacciones. En este ecosistema digital, se homogenizan gustos y opiniones, cerrando espacios para la reflexión profunda y la alteridad (Levy, 2007). La velocidad de la información, la lógica algorítmica y la cultura de la inmediatez configuran una subjetividad marcada por eficiencia, simplificación y automatización (Yuval Noah, 2024).

Desde una perspectiva humanista, la cibercultura no debe ser entendida únicamente como un entorno técnico, que genera oportunidades y desafíos, o que es una herramienta por controlar, ella adquiere otro valor, en cuanto da sentido a la existencia y propone respuestas a problemáticas existenciales, por último, es el denominado nuevo continente al que se está obligado habitar (Spadaro, 2014).

Se vuelve urgente recuperar el valor de la experiencia, la empatía y la diversidad en los entornos digitales, un caso a considerar es, el auge de plataformas colaborativas como Wikipedia representa una manifestación concreta de una cultura con impronta colaborativa y humanista: miles de personas contribuyen voluntariamente al conocimiento colectivo, desafiando jerarquías tradicionales y promoviendo una inteligencia distribuida. Este tipo de prácticas revela que, más allá de los riesgos de automatización, la tecnología puede ser también un vehículo para la cooperación, la creatividad y el pensamiento crítico.

Límites de las categorías tradicionales

En cierto sentido estamos usando moldes preexistentes para realidades totalmente nuevas, lo que redundaría en reduccionismos o caricaturas poco precisas, cayendo a veces en discursos moralistas, catastróficos o ingenuos, que no logran captar la complejidad del fenómeno tecnológico contemporáneo. Sabio es el evangelio de Marcos al señalar que: “nadie echa

vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo rompería los odres, se derramaría y los odres se perderían”. Para nada se debe hablar con certezas sobre las nuevas tecnologías, usando las categorías de siempre. Parece legítimo afirmar que estamos aún en un proceso de comprensión de algo nuevo, aunque ya cuente con una trayectoria significativa en la cultura moderna.

La amplitud del alcance de esta nueva cultura obliga a repensar categorías clásicas como: público, privado, justicia. ¿Qué significa “público” cuando un tuit puede alcanzar a millones en segundos? ¿Cómo redefinimos la “privacidad” en un entorno donde los dispositivos rastrean cada paso? Cada nuevo algoritmo o aplicación abre un espacio de reflexión interdisciplinar que, más que resolver dudas, suele multiplicarlas.

La tecnología no puede ser comprendida únicamente bajo la categoría de herramienta funcional; es también un entorno simbólico que transforma nuestras formas de pensar, sentir y vincularnos. Es así como, el uso de inteligencia artificial en procesos judiciales ha generado controversias éticas que no pueden resolverse apelando únicamente a nociones clásicas de “imparcialidad” o “objetividad”. Algoritmos que predicen reincidencia o asignan puntuaciones de riesgo penal desafían nuestras concepciones tradicionales de justicia, al introducir variables estadísticas en decisiones que afectan vidas humanas. Este tipo de casos exige nuevas categorías que integren la dimensión técnica, social y ética de los sistemas digitales.

Vivimos aún anclados en moldes conceptuales creados para realidades pre-internet: la oposición sujeto-objeto; lo natural frente a lo artificial; la causalidad lineal. Al aplicar estos esquemas a espacios híbridos donde un perfil virtual coexiste con identidades corporales y simbólicas, corremos el riesgo de producir análisis reduccionistas. Aparecen entonces caricaturas de la tecnología como mal autónomo o de la sociedad como víctima pasiva, sin agencia ni capacidad de respuesta.

Este desfase conceptual se traduce en discursos moralistas que presagian apocalipsis tecnocráticos o en apologías ingenuas que celebran cualquier avance sin preguntas críticas. Se requiere en cambio, marcos

analíticos que capten la coevolución entre artefactos digitales y tejido social, reconociendo la agencia distribuida entre diseñadores, usuarios, algoritmos e infraestructuras. O se puede caer en un discurso moralista del uso y desuso de lo virtual y de todas las nuevas tecnologías, debido a ese algo que aún no logra ser comprendido del todo, y pretendiendo orientarlo con las categorías de siempre.

Repensar lo natural y lo artificial

Lo anterior lleva a repensar categorías fundamentales como pueden ser qué es lo natural y artificial, eso permitirá abrirse a aceptar que todo producto de la inteligencia humana pertenece a lo natural, por lo tanto, nos obliga a disolver la barrera entre lo dado por la biología y lo diseñado por el ingenio. Yuval Noah Harari nos recuerda que, si el hombre puede concebir algoritmos de aprendizaje automático, estas creaciones son tan orgánicas como un lenguaje o una herramienta prehistórica. La distinción clásica pierde sentido cuando el ser humano y la máquina dialogan en tiempo real (Yuval Noah, 2016).

En un mismo sentido lo afirmaba Pierre Lévy, al cuestionar la concepción balística que se hacía respecto a las tecnologías y a sus supuestos “impactos” en la cultura y la sociedad, atribuyendo a ambas (tecnología y sociedad) propiedades que no les son propias: A la tecnología un principio activo y autónomo (hasta el momento no lo son) y a la cultura otro pasivo. ¿Es la tecnología un actor autónomo, separado de la sociedad o de la cultura? ¿Es la cultura una entidad pasiva afectada por un agente externo, la técnica? (Levy, 2007).

Esta concepción balística de la que habla Levy, y que en cierto modo intuye Yuval Noah, es una interesante visión que se debería considerar en la reflexión que se pueda hacer de las nuevas tecnologías y de la inteligencia de las máquinas o la denominada Inteligencia Artificial. Más que entidades separadas, tecnología y cultura coevolucionan, se moldean mutuamente y configuran nuevos estilos de vida.

El debate y desfase conceptual entre lo nativo y lo artificial se manifiesta, un buen ejemplo a considerar, en las discusiones sobre neurotecnología y prótesis inteligentes. ¿Dónde termina el cuerpo humano y dónde comienza la máquina cuando un implante cerebral permite controlar dispositivos con el pensamiento? Este tipo de tecnologías desdibujan las fronteras entre lo biológico y lo digital, obligándonos a revisar nociones como autonomía, conciencia o identidad. Persistir en categorías rígidas impide comprender la complejidad de estos fenómenos híbridos y sus implicancias éticas, sociales y filosóficas.

El reduccionismo del yo digital

En un plano distinto emergen las derivas reduccionistas que el ser humano produce sobre su propia condición, al interactuar con las nuevas tecnologías. Pero el reduccionismo, no es exclusiva de estas, también lo puede hacer la política, la economía o lo religioso entre otros. Sin embargo, el entorno digital potencia ciertas formas de simplificación identitaria que merecen atención.

Críticos de estos impactos nocivos y reduccionistas del yo digital son por ejemplo Eric Sadin que afirma que “estaríamos ante la era del individuo tirano; el advenimiento de una condición civilizatoria inédita que muestra la abolición progresiva de todo cimiento común” (Sadin, 2022). Las nuevas tecnologías permiten oportunidades de expansión del conocimiento, de la eficiencia del uso del tiempo, pero a su vez atrofia otras capacidades o características del ser, como pueden ser la de tener paciencia o de errar.

La constitución de un nuevo ethos cultural se propaga aceleradamente, configurando ritos, hábitos y costumbres impregnados de desconfianza y malestar social. Este proceso rompe con el contrato comunitario y erosiona las instituciones tradicionales, y se conforman nuevas creencias centradas en las posibilidades. En este contexto el filósofo francés Sadin advierte de las “representaciones infladas de uno mismo” (Sadin, 2022), como expresión de un sujeto que se concibe en términos de autoafirmación constante y desvinculación de lo colectivo.

Tal dinámica hunde sus raíces en un modelo de liberalismo capitalista radical, donde las instituciones dejan de ser espacios de confianza compartida y se transforman en plataformas de interacción transaccional (Zuboff, 2021). La desconfianza se instala como práctica cotidiana, y el otro deja de ser un interlocutor para convertirse en un auditor o competidor. En lugar de comunidad, emergen microrrelaciones atomizadas, gobernadas por algoritmos que maximizan el engagement y refuerzan la lógica del rendimiento, consolidando así un orden social marcado por la vigilancia y la competencia permanente.

Este desfase conceptual entre lo individual y lo colectivo se evidencia en la forma en que se construye el yo digital. Las plataformas sociales promueven una identidad performativa, fragmentada y cuantificada, donde el valor de la experiencia se mide en likes, vistas y seguidores. En TikTok, la viralidad de un contenido puede convertir a un usuario en referente cultural en cuestión de horas, sin que medie una trayectoria, contexto o reflexión. Esta lógica de exposición constante redefine el sentido del reconocimiento, la autoestima y la pertenencia, desplazando el diálogo interior por métricas externas de validación, y de su propio sentido social o comunitaria de su experiencia.

Dimensión emocional y espiritual en la cibercultura

La comunicación globalizada de carácter virtual promete conexión, pero a menudo refuerza la soledad y la uniformidad afectiva (Han, 2020), es decir la conexión, no garantiza el “encuentro”, entre individuos o comunidades. A nivel emocional y espiritual la cibercultura promueve vínculos superficiales, propicia la conexión, pero no la comunión en la diversidad, todo tiende a ser más monótono, unilateral, uniforme y masivo, no hay cabida para lo diferente, lo distinto. hay una predominancia del presente, el aquí y ahora es lo único que importa mientras que el futuro, la espera y la memoria pierden relevancia.

Lo anterior tiene implicancias en el quehacer político y religioso (espiritual), cuando las relaciones digitales se reducen a flujos de información cuantificables, “me gusta”, “comentarios”, “visualizaciones”, se erosiona el

suelo afectivo donde germinan la empatía, la solidaridad y la experiencia trascendente (Han, 2022).

Eric Sadin afirma al respecto que la psicología individual y colectiva se han visto afectadas por estas nuevas tecnologías de modo que ha ido reconfigurando todas las dimensiones de la existencia:

Hasta qué punto las nuevas tecnologías modificaron nuestras mentalidades casi de modo insidioso, hasta qué punto contribuyeron a la adopción de posiciones inéditas, redefinieron la relación habitual con lo real, con los demás y con gran número de marcos que determinaban hasta ahora la vida en común.... (Sadin, 2022)

Dichas tecnologías ofrecen un poder sin medidas a una humanidad que no sabe bien qué hacer con aquello, ofreciendo responder a las aspiraciones más profundas de inmortalidad, poder y felicidad fáctica (Yuval Noah, 2016). Pero también afectando significativamente la experiencia de vulnerabilidad, de fracaso y de monotonía, tan propias de la existencia, en las cuales se juega la paradoja de la condición humana: su debilidad y su grandeza.

Este panorama reduccionista del yo digital exige, con urgencia, la recuperación de espacios de desconexión respecto de las realidades virtuales y digitales, así como la creación de encuentros presenciales capaces de restablecer los lazos sociales, que restituyen confianzas, revalorizan la diversidad afectiva. Solo mediante esta reapropiación de la experiencia compartida será posible restaurar la hondura de la vivencia emocional y espiritual, reconociendo en la vulnerabilidad, el silencio, la misma desconexión digital, no una carencia, sino la puerta de acceso privilegiada a la alteridad y a la trascendencia.

Un sistema híbrido de prácticas culturales

La cibercultura no es sólo un agregado de aplicaciones o dispositivos, debe concebirse como un sistema integrado de producción, circulación y reproducción cultural. En él confluyen narrativas, símbolos y acciones que se reinventan constantemente en íntima dependencia con infraestructuras

técnicas y lógicas algorítmicas. Una publicación en una red social, puede generar movimientos sociales, viralizar campañas de salud o reformular prácticas académicas; a su vez, las instituciones: gobiernos, medios de comunicación social, universidades, alimentan esa marea digital con discursos normativos y marcos regulatorios.

Comprender esta trama híbrida exige desplegar métodos que combinen análisis de redes sociales, etnografía digital y teoría crítica. Cada publicación, “me gusta” o comentario participa en procesos complejos de validación, visibilidad y exclusión. Ese diálogo entre prácticas culturales y estructuras técnicas da lugar a nuevas formas de subjetividad y de comunidad. en las que lo individual y lo colectivo, lo material y lo simbólico, lo humano y lo no humano, se entrelazan sin jerarquías preestablecidas.

Este sistema híbrido también desafía nuestras categorías tradicionales de autoridad, autenticidad y pertenencia. Otro caso para considerar son los influencers digitales, que operan como nódulos de legitimación cultural, desplazando figuras clásicas como el intelectual público o el líder comunitario. Estos nuevos líderes digitales poseen la capacidad de generar sentido colectivo que no proviene de credenciales institucionales, sino de métricas algorítmicas como el engagement, la viralidad o la fidelización de audiencias. Esta transformación obliga a repensar cómo se construye el prestigio simbólico en la era digital y qué tipo de vínculos sociales emergen de estas nuevas formas de mediación.

En última instancia, repensar la cibercultura como fenómeno humanista implica situar al ser humano en el centro de esta red compleja. No se trata de celebrar acríticamente la innovación tecnológica, sino de reconocer sus riesgos, ambigüedades y potencialidades. La tarea urgente es construir marcos analíticos que permitan comprender cómo se configuran nuevas subjetividades, cómo se rearticulan las comunidades y cómo se redefine el sentido de lo común en un entorno cada vez más mediado por dispositivos inteligentes y plataformas digitales.

La religión y su aporte antropológico a la cibercultura

El corazón se ha vuelto sordo debido al ruido constante de la comunicación e información. Ya no escucha la voz del silencio

Byung Chul Han

En el contexto actual de desafiliación institucional, los sistemas de creencias -tanto personales como colectivos- se ven profundamente influenciados por las nuevas tecnologías, especialmente las de comunicación. Si bien se suele atribuir esta crisis religiosa al descrédito de las estructuras normativas, los estilos de liderazgo o la pérdida de la fe, existe una dimensión más profunda que merece atención: la transformación de las categorías de tiempo y espacio (Han, 2023).

Estas categorías, que han sido constitutivas de la organización humana desde sus orígenes, están siendo reconfiguradas por la lógica digital, que fragmenta la experiencia y diluye las fronteras entre lo público y lo privado, entre el trabajo y el descanso, entre el estar y el no estar (Han, 2022).

Las nuevas tecnologías rompen con esta dualidad complementaria y fragmenta al ser humano en un aparente fluir continuo, donde no se distingue un tiempo y un espacio determinado. Incluso hay un aparente prescindir de ellos (espacio y tiempo), se puede estar y no a la vez, en uno o más momentos en forma simultánea (Han, 2023). Esta disolución de coordenadas existenciales afecta directamente la vivencia religiosa, que históricamente ha ofrecido ritmos, espacios y rituales que estructuran la experiencia humana.

Las tecnologías digitales, especialmente aquellas que median nuestras relaciones, emociones y decisiones, configuran una especie de seudo religión (Carbajal, 2025). En ella se establecen ritos (como los algoritmos de recomendación), sistemas morales (basados en métricas de popularidad) y promesas de salvación (eficiencia, inmortalidad, plenitud). El espacio sagrado es la virtualidad y el canal de comunión es la conectividad. Sin embargo, esta analogía resulta insuficiente desde una perspectiva antropológica rigurosa,

pues carece de los elementos esenciales que definen lo religioso: el principio de la caridad, la gratuidad radical, encuentro con el otro (prójimo), misterio, vínculo con lo trascendente y la experiencia del límite, por nombrar algunos componentes fundamentales.

La religión supone un ritmo y un espacio distinto del que propone una pseudo religión digital, marcada por la producción y el consumo, que propician hiperactividad y la denominada multitasking, síndrome del pensamiento acelerado (Han, 2023). Ella, rescata del tiempo acelerado e indeterminado, e invita al silencio y la contemplación. Conecta lo humano con su origen territorial, es decir lo reconecta con la tierra, el polvo desde donde procede y a donde volverá.

Mutuas contribuciones entre Religión y Nuevas Tecnologías

La pregunta que surge es cuáles son por una parte las interpelaciones (tensiones) que estas nuevas tecnologías suscitan en el ámbito religioso, en especial a las religiones propiamente tal, y cuáles pueden ser los aportes recíprocos entre lo religioso y las nuevas tecnologías de la comunicación.

La religión y la experiencia religiosa apuntan a una relación, una reconexión entre lo humano y lo sagrado, donde se superan los dualismos epistemológicos entre uno y otro ámbito, en dicha relación hay mucho de intuición, de duda, de incertidumbre que conlleva creer y confiar, lo anterior a su vez abre a la experiencia del asombro y la contemplación. Volver a lo religioso, es una invitación a la observación y a escuchar. Para escuchar con el corazón se requiere de la inactividad, el yo que escucha sale de sí mismo para sumergirse en el todo del infinito (Han, 2023).

El corazón, en la tradición bíblica, no se limita a ser el órgano físico, sino que representa la totalidad del ser humano interior, el lugar donde se encuentran la voluntad, el entendimiento y las emociones. Como señala Karl Rahner, “el corazón es el lugar de la experiencia de Dios, donde se produce el encuentro entre la gracia divina y la libertad humana” (Siliézar, 2008). El corazón expresa y acoge la dimensión afectiva de la fe, y se constituye, a su vez, en un espacio o dimensión de resistencia frente a aquello que

deshumaniza y violenta, un refugio donde la dignidad humana se preserva y se fortalece.

Interpelaciones tecnológicas a lo religioso

Las tecnologías digitales, en particular las de comunicación ubicua, han transformado radicalmente las condiciones de posibilidad de la experiencia religiosa. La hiperconectividad, la simultaneidad de espacios, la aceleración del tiempo y la lógica algorítmica desafían las formas tradicionales de ritualidad, contemplación y comunidad. En este nuevo entorno, el sujeto religioso se ve tensionado entre la inmediatez del presente digital y la profundidad del ritmo litúrgico; entre la fragmentación de la atención y la exigencia de escucha interior.

La religión, entendida como práctica simbólica que articula la finitud humana con el deseo de sentido, se ve interpelada por una cultura que tiende a disolver el misterio en datos, a reemplazar la espera por la respuesta instantánea, y a sustituir la gratuidad por la transacción. Esta tensión no implica necesariamente antagonismo, pero sí exige un discernimiento crítico sobre los modos en que lo religioso puede habitar el espacio digital sin perder su densidad antropológica.

Las nuevas tecnologías ponen énfasis en aspectos antropológicos poco considerados por lo religioso, o resignifica otros aspectos, tales como la dimensión comunicacional y cultural, que está presente desde los orígenes de la especie, expresado en dibujos o pintados en cavernas o piedras, hasta la construcción de sistemas sofisticados para comprender los astros o los ciclos lunares y sus efectos en la navegación primitiva.

Yuval Noah Harari, lo expresa muy bien, en su obra *Nexis*, en donde desarrolla precisamente este rasgo cultural y antropológico: Los algoritmos existen desde los tiempos más remotos de las primeras civilizaciones. “Los egipcios usaron algoritmos para medir la inundación y el flujo del río Nilo. Otras civilizaciones utilizaron algoritmos para determinar las estaciones” (Yuval Noah, 2024). La misma Sagrada Escritura, puede ser concebida como

una mediación “tecnológica”, entre Dios, su revelación y destinatarios, quizás las cartas paulinas, son los primeros “email” de la época moderna.

En cierto modo los avances científicos tecnológicos son una expresión de esas necesidades de trascendencia o pseudo trascendencia que el ser humano posee, y aquello expresa otro rasgo antropológico; el de traspasar límites, trascender, que a su manera la cultura tecnológica, especialmente por medio de las redes sociales, la intensifica y los mercados las aprovechan.

La noción de “tecnología con alma” propone una mirada que supera el reduccionismo instrumental y reconoce que los artefactos tecnológicos, al estar insertos en prácticas humanas, pueden vehiculizar sentido, afectividad y trascendencia. Esta idea se vincula con una teología de la encarnación, donde lo divino se manifiesta en lo humano y lo cotidiano. Si la tecnología es parte del hábitat existencial del ser humano, entonces también puede ser espacio de Revelación, de encuentro con lo sagrado. Esta perspectiva invita a pensar la técnica no como amenaza, sino como posibilidad de mediación espiritual, siempre que se mantenga abierta a la gratuidad, al misterio y al vínculo con el otro.

Aportes de la religión a la cibercultura

Frente a estas transformaciones, las religiones pueden ofrecer contribuciones significativas a la configuración ética y simbólica de la cibercultura. Son diversos los niveles en que ellas pueden aportar. Una de ellas según el investigador de las comunicaciones, Moisés Sbardelotto, será el de ser un agente social mediador ente tecnología, cultura y humanidad, refiriéndose especialmente a la Iglesia Católica, afirmará el investigador:

La Iglesia puede ser uno de esos cuerpos sociales intermedios, fundamentales para condicionar este desarrollo tecnológico. Tal vez no pueda transformarse por completo, porque es una actriz entre varios otros actores sociales que también se cuestionan sobre todo esto. Pero, sin duda, por su historia, su sabiduría, su capilaridad social, la Iglesia tiene un papel muy importante que desempeñar, no sólo

desde el punto de vista de la Santa Sede, sino también en las diversas iglesias locales. (Sbarlodelotto, 2023)

La Iglesia Católica cuenta con una larga tradición en el ámbito de las comunicaciones, y de las agendas valóricas globales, tanto en temas sociales como de la moral de las personas, con aciertos y errores, pero atenta a los signos de los tiempos, y busca diálogos constructivos. Evidencia de ellos son las denominadas Jornadas Mundiales de las Comunicaciones que a solicitud del Papa Paulo VI se realizan desde el año 1967, con una extensa producción de documentos, reflexiones, criterios y trabajo de concientización global.

Otra contribución, en un nivel de mayor profundidad de las religiones, en un sentido teológico propiamente tal, está relacionado con la valoración que hacen del tiempo. El denominado Kairós, categoría teológica, que en la tradición bíblica y patristica se refiere al “momento oportuno” o “momento de gracia” en que Dios irrumpe en la historia, se contrapone al ritmo acelerado.

La cibercultura está marcada por la inmediatez, la multitarea y la constante actualización, en cambio kairós introduce una dimensión alternativa del tiempo: no cronológico, sino cualitativo. Invita a detenerse, discernir y reconocer los momentos significativos que escapan al algoritmo acelerado, y abrir espacios para la elaboración simbólica y la comunión profunda. Este kairós, introduce a su vez otras condiciones para su realización, como son el encontrarse, esperar, contemplar y el silencio. Estos y otros elementos son fundamentales para enriquecer las dimensiones del ser humanos y por lo tanto también del lugar en que se desenvuelve, es decir, la cultura.

Otra contribución de la religión es que re-introduce la experiencia del límite: la vulnerabilidad, la muerte, el misterio. En una cultura digital que tiende a negar la finitud mediante promesas de perfección técnica, inmortalidad virtual y expansión ilimitada, la espiritualidad religiosa recuerda que el sentido no se alcanza por acumulación de datos ni por optimización de procesos, sino por apertura al otro y al trascendente. Como afirma Romano Guardini, “el hombre no se realiza en el dominio, sino en la

aceptación de su límite” (Guardini, 1963). Esta conciencia del límite no es resignación, sino posibilidad de encuentro: El ser humano en cuanto creatura, no puede comprender a su Creador, pero puede abrirse a Él en adoración y confianza, señala Karl Rahner en su teología del misterio.

En este contexto, la religión ofrece una sabiduría que contrasta con la lógica algorítmica, proponiendo una ética del cuidado, del asombro y de la esperanza. Dicha sabiduría, como expresión de plenitud del conocimiento, conecta al humano con una dimensión profunda y muchas veces poco atendida, que es la de su corazón.

El kairós, tiempo de gracia y silencio conecta con el corazón, depositario simbólico de la memoria, las emociones, las valoraciones y las prioridades, "donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" dice el evangelista Mateo. Pero dicho órgano hoy se encuentra sobrecoigido, replegado en sí mismo. Como observa Byung-Chul Han, "si el corazón es el órgano del recuerdo y la memoria, en la era digital estamos absolutamente desprovistos de corazón. Almacenamos cantidades impresionantes de datos e informaciones, pero sin recordar” (Han, 2023). En ese sentido las religiones tienen un aporte que hacer tanto a la humanidad, como a la cultura digital.

Otra contribución de a la cibercultura es que esta ofrece una ética del cuidado y de la hospitalidad. Frente a la lógica de la competencia y la visibilidad, propone el reconocimiento del rostro, la acogida del extraño, la construcción de vínculos no instrumentales. Esta espiritualidad, se constituye en una ética que puede inspirar prácticas tecnológicas más inclusivas, transparentes y orientadas al bien común. Como afirma Emmanuel Levinas, cuyo pensamiento ha influido profundamente en la teología contemporánea: “El rostro del otro en su desnudez y en su miseria es lo que me ordena y me llama” (Levinas, 1982). Esta interpelación ética, que nace del encuentro con el otro, puede trasladarse al diseño de tecnologías que no invisibilicen, que no excluyan, que no cosifiquen.

En este sentido, la hospitalidad religiosa no es sólo una actitud moral, sino una estructura relacional que puede inspirar arquitecturas digitales más humanas. Plataformas que prioricen la escucha, algoritmos que favorezcan la

diversidad, interfaces que promuevan el cuidado mutuo: todos ellos pueden nutrirse de esta tradición espiritual que entiende la acogida como un acto sagrado. La tecnología, entonces, no sería solo herramienta, sino espacio de comunión.

Por último, ofrece una crítica sustantiva a la aparente gratuidad de las plataformas digitales, las cuales, si bien permiten el acceso libre a contenidos, servicios y vínculos, lo hacen mediante un intercambio implícito: el suministro de datos personales, atención e intimidad, posteriormente capitalizados por sistemas de big data (Zuboff, 2021).

La misma autora ha descrito este fenómeno como capitalismo de la vigilancia, en el que “la experiencia humana se convierte en materia prima gratuita para prácticas comerciales ocultas de extracción, predicción y venta” (Zuboff, 2021), declarando así que los usuarios, no son los beneficiarios de servicios, sino más bien una suerte de “materia prima” para los verdaderos beneficiarios de datos, que son las empresas comerciales.

En este modelo, lo que parece gratuito es en realidad una transacción desigual, donde el usuario entrega su subjetividad a cambio de acceso, a su vez se constituye en un medio y no un fin en sí mismo. La religión, en cambio, propone una lógica del don que no se mide en términos de utilidad ni de retorno, sino en apertura, gratuidad y cuidado.

Esta lógica instrumental contrasta con la gratuidad religiosa, entendida como don no condicionado, que no exige retorno ni genera dependencia, sino que promueve comunión y libertad. Aunque la tecnología puede mediar ciertas expresiones religiosas, no sustituye su dimensión encarnada, simbólica y comunitaria, esencial para la experiencia espiritual.

La tesis de este trabajo propone que la religión no solo sobrevive en la era digital, sino que puede ofrecer claves interpretativas profundas para habitar la cibercultura con sentido. La espiritualidad, al recuperar el silencio, la contemplación y la alteridad, puede humanizar los entornos tecnológicos y resistir la lógica del rendimiento y la hiperconexión. La “tecnología con alma” no es una utopía ingenua, sino una invitación a integrar lo técnico con lo ético,

lo simbólico y lo trascendente. En este cruce, se juega no solo el futuro de la religión, sino también el de la humanidad.

Referencias

- Antolinos Asensio, N. (2019). Las nuevas tecnologías y su influencia en las relaciones interpersonales. *Razón Histórica*, (42), 179–193. <https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/67479/1/LRH%2042.11.pdf>
- Boff, L. (2002). *Tiempo de trascendencia: El ser humano como un proyecto infinito*. Sal Terrae.
- Carbajal, I. (2025). Explorando las fronteras digitales de la religión: Un análisis de las fronteras de la Inteligencia Artificial y la Teología. *Cuadernos de Teología*, 17. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-6558>
- Cerda Sanhueza, A. (2020). Acerca de las cosas nuevas: Y las nuevas cosas que interpelan al pensamiento social cristiano. *La Cuestión Social*, 51–76.
- Floridi, L. (2019, 29 de septiembre). *La era de la vida en línea, donde lo real y lo virtual se fusionan* [Entrevista]. J. D'Alessandro, Entrevistador. <https://ihu.unisinos.br/78-noticias/593095-luciano-%EF%AC%82oridi-vou-explicar-a-era-do-onlife-onde-real-e-virtual-se-comfundem>
- Graeber, D., & Wengrow, D. (2022). *El amanecer de todo: Una nueva historia de la humanidad*. Ariel.
- Guardini, R. (1963). *El fin de la modernidad*. Castilla.
- Han, B.-C. (2020). *En el enjambre*. Herder.
- Han, B.-C. (2022). *No cosas*. Penguin Random House.
- Han, B.-C. (2023). *Vida contemplativa*. Taurus.
- Harari, Y. N. (2016). *De animales a dioses: Breve historia de la humanidad*. Debate.
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus: Breve historia del mañana*. Penguin Random House.
- Harari, Y. N. (2024). *Nexus*. Debate.
- Jaspers, K. (1932). *La filosofía*. Herder.
- Levinas, E. (1982). *Ética e infinito*. Antonio Machado.
- Levy, P. (2007). *Cibercultura*. Anthropos.
- McKinsey Global Institute. (2023). *The future of work in technology*.
- Pérez, F. C. (2023). *Llamados a encontrarnos*. Sal Terrae.
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: El fin del mundo común*. Caja Negra.
- Sbardelotto, M. (2023, 20 de mayo). *Inteligência Artificial e a Igreja: desafios e possibilidades* [Conferencia]. <https://www.ihu.unisinos.br/categorias/159-entrevistas/628554-a-igreja-do-seculo-xxi-e-parte-da-ambiencia-da-inteligencia-artificial-que-gera-transformacoes-sociais-conferencia-de-moises-sbardelotto>

- Siliézar, C. R. (2008). La teología de la gracia en el pensamiento de Karl Rahner. *Cuadernos de Teología*, 137–155.
- Spadaro, A. (2014). *Ciberteología: Pensar el cristianismo en tiempos de red*. Herder.
- Žižek, S. (2015). *Pedir lo imposible*. Yong June Park.
- Zuboff, S. (2021). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Paidós.